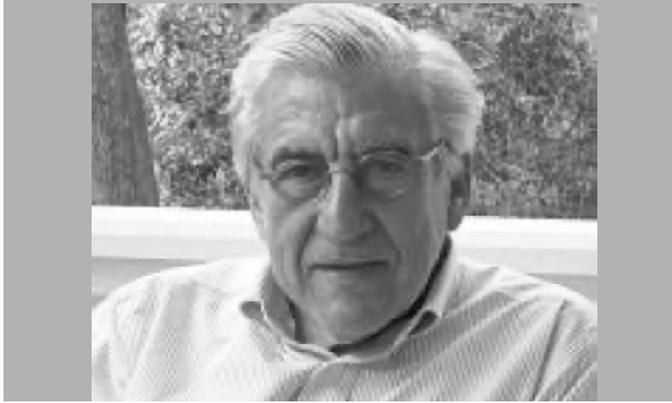




FERNANDO OPERÉ



Fernando Operé es profesor de literatura e historia en la Universidad de Virginia, Charlottesville, Virginia, Numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española ANLE, poeta y director de teatro. Es autor de varios libros de historia, numerosos poemarios y decenas de artículos académicos publicados en España, USA, Puerto Rico, México, Chile y Argentina. Los últimos: *No todo será perdonado* (2022) y *El vigilante* (2021). Incansable viajero, su obra poética recoge ese deambular por el mundo, sus mares y montañas.

LA MUJER ROTA

La mujer rota en una aldea rural,
maltratada en la ciudad de su infancia,
muerta en el salón de casa,
frente a los hijos, antes que descubrir sus ganas de vida,
después de amar, parir,
mirarse envejecer en el espejo,
adivinar las arrugas,
depositar su miedo junto a los platos
de la cocina, y ver cómo se los traga el fregadero.

La mujer rota al amanecer, sin sueño,
sin abrazos, solo sexo,
contando los días, cerrando las puertas
por si llama, por si llega,
por si regresa la agonía de los peces.

La que fue joven y alegre
y soñó en un hogar sin cólera.
La mujer rota con sangre en el pecho,
en el vestido, en su seno desnudo
ya sin latidos, sin esperanzas
de una próxima etapa.

Noche de penumbra cuando el que amó,
golpea la puerta o vigila tras las esquinas,
en la misma acera del primer beso
antes de agonizar cubierta de un manto de tierra.
La que señala a todos que no estoy,
que he dejado de estar
y me hice pequeñita
como una bola de alcanfor en el armario.

La mujer rota, vuelta a componer,
y rota otra vez hasta que la sangre
dé la señal de llegada.

LA ESPAÑA VACIADA

Vació el pueblo, la casa y el zaguán.
Vacías las habitaciones
donde las risas tropezaban con los muebles,
las cenizas y el jardín.
Vacía la entrada y el camino a la era.
Nadie despidió al último habitante
que se fue escurriendo por las paredes
del corral sin dejar sombra ni hueco.
Nadie hizo la maleta
ni quitó el polvo de las estanterías.
Nadie rezó la última oración ni visitó el cementero
donde descansan los que se anticiparon en la partida.

Quedaron las golondrinas
ajenas al vacío del aire,
sus alas negras laboriosas dibujando cenefas
dueñas del espacio y el campanario.
Nadie, sin embargo, escuchó las últimas campanas
ni se persignó a la hora del Ángelus.

El pueblo vaciado.
El pueblo desnudo de saludos,
bautismos y bodas.
Nadie se fijó en el día
ni tomó nota de la hora
¿Qué importa un día frente a un año?
¿Y un año frente a un siglo?
¿Qué cuentan mil siglos
en la escala de millones, dinosaurios
y astros sin luz?

Alguien puso una roca sobre otra,
y sobre ella un ladrillo,
un nombre en la lápida, una fecha,
y al final el silencio y el olvido.

Una lluvia frisona y triste
se desliza por los muros carcomidos
expuestos al azar y el sueño.

EL TREN CRUZA BALTIMORE

El viajero vio el tren cruzar
sobre una espesura de casas torcidas
donde las madre selvas zurcen los cascotes
y la podredumbre crece recia sobre el hollín.

No fue una guerra de bombas o interjecciones,
sino la lenta conflagración de la pobreza
que seca los estómagos,
y se engarza en el rencor.

Ya habría tiempo de limpiar y sembrar.

La neblina enturbiaba el cristal
de las ventanas sin visillos.
Una tristeza antigua lo cubría todo.
La lluvia languidecía como el amor de los niños
que se fueron con sus cigarros
y manos en los bolsillos
apretando el deseo y poco más.

Vio el tren cruzar rápido en su premura de tren
sin que la angustia lo embadurnase.
No se atrevió a escribir una palabra.
¿Era un vigilante o un poeta que anota
la desidia de la ciudad en ruinas?
Mientras, los vagones pasaban con urgencia
huyendo de lo que otros construyeron
y no ven.

TRAS EL HURACÁN

Los gatos de San Juan fueron al mar.
Recordaban las tardes del sol
y la dulzura de las mareas.
Mas el huracán, golpeándose el pecho
y crecido en su furia,
se llevó los gatos al mar.
¿Y las palmeras, las torres de las iglesias,
los miradores, los pañales y bicicletas?
En algún sueño de agua descansarán, digo yo.

Al amainar pensaba en los gatos de San Juan,
su paciencia felina, la fertilidad
de sus amores nocturnos,
el ronco ronroneo y los maullidos
cuando la tarde reposa
en la línea roja que anticipa la noche,
no en la muerte, ni el huracán,
ni el fin de la esperanza.

LA NIÑA DE IPANEMA

Ella no miraba.
Indiferente a la arena
se mecía sensual
en sus caderas de eterna juventud
y brisa oceánica.

Era un día de playa,
de cuerpos al sol desnudos.

Lêdo Ido escribía a su playa de Sobral,
y Jobin su bossa nova a la niña
de Ipanema, imperturbable al dolor
y los estragos de la selva.

Lejos en la Amazonía alguien portaba
un hacha y una sierra.
Los árboles se desplomaban aturdidos.
Los insectos no comprendían
la magnitud de la tragedia.

Jobin cantaba “mira que cosa más linda
más llena de gracia”, y el horror verde
crecía como el fuego y la desesperanza.

En el patio de la infancia los árboles no caían,
ni desaparecían las ranas y las ceibas.

Era otra arena,
otro planeta que no veíamos,
otra música que no escuchábamos,
otra poesía sin voluntad de acero,
cántico del mundo indolente,
la infancia en una burbuja.

PLEGARIAS

A Zack Ludington

Padre, qué cansado llegas.
Pareces un viejo abrigo
colgado del perchero.

Hijo, qué alto te veo.
Mis mermados huesos
no alcanzan tu estatura,
ni los bruscos cambios del siglo,
ni los boleros.

Esposa, qué ajada la carne
en el encuentro.
Parecemos dos nubes tristes
deshaciéndose en un beso.

Casa, qué frágiles tus huesos.
La quimera del hogar sólido
se escurre por los desagües,
o es la costumbre de soñar como niños,
y amar enamorados.

Madre, ya estamos viejos.
Tú, en tu cielo, y yo
sin para qué ni para dónde.

EL SOMBRERO

Me he puesto su sombrero, es su herencia.
Falta su frente y su dolor
cuando la vida se enturbiaba
y quién sabe qué sueño o ángel
lo acompañó en los últimos miedos.

Me lo pongo y me miro en el espejo.
Nada permanece de su luz,
sólo un sombrero de lana
que alguien le compró en un viaje a Irlanda,
soberbia de verde y paraíso.
El de ahora es un viaje más largo e incierto.
No sé a qué nube o galaxia.

Las cenizas reposan en una vasija en la iglesia
que amansó su miedo y le dio cobijo.

A mis hijos les digo que las mías
las esparzan en algún cerro
cercano al viento y tránsito de estrellas.

Mientras, luzco el sombrero y lo recuerdo
con ese calor que la costumbre
deja entre la piel y la memoria.
Algunos lo llaman corazón, en realidad
es un músculo irregular
aunque su fama ha sobrevivido
la noche de los creyentes.